

LOS ISIDROS EN HUELGA



Cuenta la leyenda de San Isidro Labrador, entre otras cosas, que mientras este piadosísimo varón castellano se apartaba del trabajo para hacer sus oraciones, empuñaba un ángel del Señor la manera del arado y surcaba sus campos. Lo que no sabemos es si San Isidro era labriego o jornalero, labrador rentero o colono, o si labraba sus propios campos. Lo que de seguro no era es ser terrateniente, más o menos latifundario, que hiciese a otros labrar sus tierras. Y si lo hubiese sido, no habría permitido, por muy santo que fuese, que sus jornaleros se fuesen a orar, al tiempo de la labraza, fiándose en que los ángeles bajarán, y no a modo de esquirolas, a sustituirlos.

Aquello del Evangelio (Mat. VI, 25-34) de que no nos acongojemos por nuestra vida ni por qué hemos de comer o beber o vestir, pues las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en trojes, son alimentadas por nuestro Padre —y Padre de ellas— y los lirios del campo, que ni trabajan ni hilan, están vestidos mejor que Salomón, esto parece que se dijo, más que para los que trabajan, para otros, para los que viven, del trabajo ajeno. Y no se dijo para éstos lo de que con el sudor del rostro comeremos el pan hasta volver a la tierra de que salimos y de que somos (Gén. III, 19).

Y damos a estos comentarios este tono religioso, porque andan por ahí terratenientes, más o menos latifundarios, dueños de tierras, que no por eso labradores, empeñados en querer resolver el pavoroso problema agrario con recetas pseudo-cristianas para uso de isidros.

Más de una vez hemos protestado contra eso de la democracia cristiana, sosteniendo que el cristianismo no debe meterse en ciertas disputas de los hombres y que su reino no es de este mundo y que no es más cristiana la democracia, por serlo, que la aristocracia o la autocracia. Y nos parece una profanidad y una profanación manifiestas, además de

una errada táctica, eso de querer meter el Evangelio en la constitución de sindicatos agrarios.

Cierto es que a esos sindicatos a que aludimos, los llaman católicos y que catolicismo no es precisamente evangelismo, ni cristianismo, ya que juntos a elementos de éstos, del Evangelio y de Cristo, sin duda, contienen otros puramente mundanos y profanos que son los que le llevan a esa ambigua acción de instituir los tales sindicatos. Tiro que les puede salir por la culata a sus autores.

Sabemos de más de un centro agrícola en que por miedo a los sindicatos agrarios espontáneos, autónomos, verdaderamente populares, los amos han fundado sindicatos de esos llamados católicos y que son no sindicatos sino patronatos. Pero los socios de éstos, que no son tan isidros como a los que los arrebañan se les antoja, saben de sobra que si obtienen ventajas en el patronato, es gracias al otro sindicato, al verdaderamente popular. Y de aquí que en más de un centro agrícola, al estallar una huelga de trabajos de campos, los patronizados católicamente, los del rebaño de los isidros, se fueran con los otros, con los rebeldes, y no con sus amos. Y éstos no encontrarán ángeles del Señor que bajasen a sustituir en sus faenas a los isidros huelguistas.

Sí, es indudable que los amos de los isidros han empezado a darse cuenta de su verdadera posición y se van enterando de que si ángeles del Señor bajan alguna vez a hacer el trabajo de un mortal mientras éste ora, es el trabajo de uno que realmente trabaja, ¡claro está! pero no bajan a hacer de esquirolas en beneficio del amo de la tierra, que en ninguna forma es trabajada por él. Y empiezan a ceder. Y como siempre, mal y a destiempo.

No, señores amos de los isidros, no; no es ese el camino. No es el camino arrebañarlos en patronatos y rifarles lotes y procurarles pegujares de siervos que no les eximan del salario. El camino es reconocer plenamente los sindicatos que ellos, los

isidros, por sí y ante sí forman, y tratar con estos sindicatos e ir evitando que llegue a ser brutalmente catastrófica la inevitable transformación final. El camino es no hacer que se persiga a los que predicán doctrinas que no están más lejos del Evangelio que las de esos amos, ni hacer que se los deporten y se los traiga

asendereados y trajeteados, por esas carreteras del Estado, en que no se siembra ni se cosecha y por eso son de todos. El camino es ir acabando con los cotos.

El pobre isidro es libre de manos, pero siervo de pies. Los cotos le son grillos. A dondequiera que entre, fuera de la infecunda carretera que recorre la guardia civil, pisará tierra ajena. Acaso tierra de quien nunca la ha visto, de quien viviendo de renta de trigo, no distingue éste de la cebada, ni de la lenteja siquiera. Y el no distinguirlo le da nobleza!

Van a llegar, con la siega, huelgas de los isidros y a falta de ángeles del Señor que bajen a hacer de esquirolas, los amos acudirán a la guardia civil. ¿Para que siegue? Tal vez... pero no cereales. Y puede llegar a ser una siega trágica.

Hasta que llegue el día en que los hijos de Dios coman lo que sembraron y segaron, y los que no sembraron ni segaron, no coman.

MIGUEL DE UNAMUNO

